

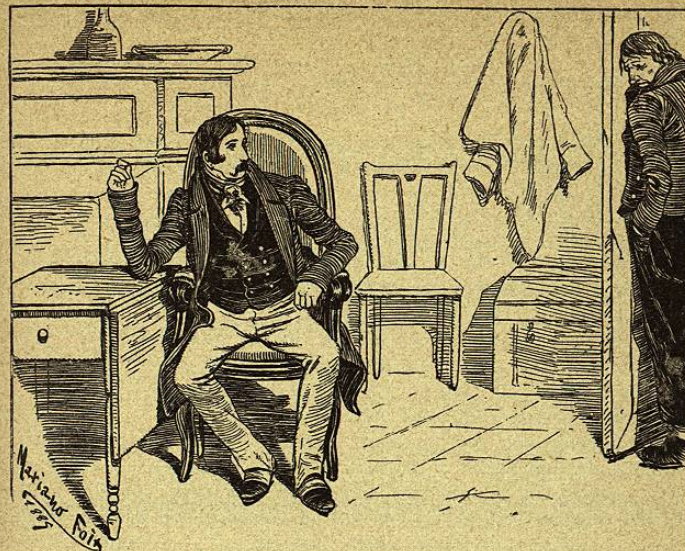
la antigua habitación que el anciano Dórrit ocupaba en otro tiempo.

Arturo ofreció su mano á Juan; pero éste, mirándole con expresión sombría, le dijo:

—No sé si puedo darle á usted la mano... no, me parece que no puedo, pero es igual. Me ha parecido que le agrada-
ría á usted más esta habitación, y por eso se la he propor-
cionado.

Los recuerdos que aquel cuarto vacío despertaron natural-
mente en Clennam hicieronle olvidar muy pronto la extraña
conducta de Juan, pues no pudo menos de pensar en la bue-
na y dulce niña que había santificado aquella mísera estan-
cia. Sin embargo, la ausencia de la joven en semejante mo-
mento comunicaba á la habitación un aspecto tan lúgubre,
que Arturo, oprimido por la tristeza, volvióse de cara á la
pared y buscó alivio en sus lágrimas, murmurando con an-
gustioso acento:

«¡Oh mi niña Dórrit!»



CAPITULO XXVII

El novicio de la Mariscalía

Eran las doce del día: los cálidos rayos del sol iluminaban los muros de la prisión por deudas, y Arturo Clennam, sentado en un viejo sillón, hallábase absorto en sus reflexiones.

Cuando un infeliz entra por primera vez en una cárcel, el primer cambio que se opera en él es una especie de calma, ó más bien de abatimiento resignado. En tal estado de paz engañososa, Clennam, frente á su ignominia, pensaba en algunas fases de su pasado, como un muerto debe soñar en su existencia de otra época; y atendido el sitio en que se hallaba, no era de extrañar que en su meditación consagrarse un recuerdo á la niña Dórrit, pensando en la saludable influencia que la tierna joven había ejercido en sus buenas resoluciones. Hasta llegó á figurarse que su desgracia era un castigo por haberse alejado de la bondadosa niña.

La puerta de la habitación se abrió de pronto y Arturo vió que Chivery padre asomaba en parte la cabeza, pero vuelto de espaldas, como si no quisiera verle.

—Hoy tengo el día libre, señor Clennam—dijo,—y voy á salir; ¿me necesita usted para alguna comisión?

—No, muchas gracias.

—Me dispensará que haya abierto la puerta, pues he comprendido que no oía.

—¿Ha llamado usted?

—Sí, señor; cinco ó seis veces.

Arturo salió al fin de su meditación, y al ver á los presos que paseaban en el patio después de la siesta, reconoció que eran las dos ó las tres de la tarde.

—Ya han llegado los efectos de usted—añadió Chivery padre;—no los he subido ya porque mi hijo ha mostrado empeño en traerlos él mismo. ¿Podré decirle una palabra?

—Entre usted—contestó Arturo.

—Gracias, no vale la pena—repuso Chivery, que por un exceso de delicadeza y discreción nada común en los carceleros, conservaba la misma postura con la cabeza vuelta;—sólo quería rogarle que si mi hijo no se conduce con toda la prudencia debida, no haga usted caso de él... recuerde usted que es un joven de buen corazón y generosos sentimientos.

Después de pronunciar estas misteriosas palabras, el carcelero cerró la puerta: á los diez minutos llegó el joven Juan.

—Aquí tiene usted su maleta—dijo, dejándola en el suelo con mucho cuidado.

—Muchas gracias; siento mucho que se moleste por mi causa; y ahora espero que podremos estrecharnos la mano.

El joven Juan retrocedió un paso y contestó como lo había hecho ya antes:

—A fe mía, no sé si puedo... no... no puede ser.

Y fijó en el preso una mirada de cólera mezclada de compasión.

—¿Por qué me demuestra usted tan mala voluntad—preguntó Clennam,—manifestando á la vez deseos de servirme? Aquí hay alguna mala inteligencia; si he hecho alguna cosa que le desagrade, lo siento muchísimo.

—No, caballero, no hay la menor mala inteligencia en los sentimientos que me animan en este instante... Si tuviese la talla de usted, y no le viera tan abatido, y además no lo prohibiera el reglamento, el sentimiento que ahora me inspira usted me induciría á proponerle una partida de pugilato.

Arturo miró un instante al joven con aire sorprendido, en el que se traslucía un poco de cólera.

—¡Vamos, vamos!—murmuró;—es una mala inteligencia.

Y fué á sentarse de nuevo en el sillón.

—Le pido á usted mil perdones—dijo el joven Chivery después de una pausa.

—Está usted dispensado; no hablemos más de ello.

—El mobiliario de esta habitación me pertenece—añadió Juan dulcificando la voz,—y suelo alquilarle á las personas que se alojan aquí; no vale gran cosa, pero lo pongo á su disposición, gratis, por supuesto, pues por nada en el mundo admitiría otras condiciones.

Arturo levantó la cabeza para dar las gracias, diciendo que no le era posible aceptar este favor; y como Juan no contestase, añadió:

—Vamos, ¿qué hay entre nosotros?

—No se lo diré á usted—replicó el joven carcelero, irritado de nuevo al parecer;—entre nosotros no hay nada.

Como esperase en vano la explicación de tan extraña conducta, Clennam inclinó la cabeza sobre el pecho; pero á los pocos minutos, Juan tomó otra vez la palabra, dulcificando la voz.

—Esa mesita en que apoya usted el codo—dijo,—pertenecía en otro tiempo á... ya sabrá usted á quién me refiero, sin que yo se lo recuerde... Llegó á ser un gran personaje antes de morir, y yo fuí á verle cuando vino á Londres á pasar unos días. A decir verdad, no se mostró satisfecho de mi visita, aunque luego me invitó á sentarme, pidiendo noticias de mi padre y de los antiguos amigos. Yo le pregunté si la señorita Dórrit seguía bien..

—¿Y estaba buena?

—Me parece que no debe usted hacer esa pregunta á un pobre diablo como yo; pero ya que me la dirige, siento no poder contestarle, pues el señor Dórrit me respondió que no me importaba nada.

Sucediose una pausa de algunos minutos, hasta que al fin Juan reanudó la conversación.

—Si no lo lleva usted á mal—dijo,—me atreveré á preguntarle cuánto tiempo piensa estar usted sin comer ni beber.

—Nada necesito por ahora; no tengo el menor apetito.

—Eso no es una razón para que esté usted ahí todo el día sin tomar nada; al contrario, es preciso comer. Si no le sirviese de molestia, le rogaría que subiese á mi cuarto, y si no, yo bajaré aquí lo necesario.

Convencido de la buena fe de su interlocutor, Arturo se

levantó y siguió al joven carcelero, que se alojaba en la parte superior del edificio. Su habitación era la misma en que Arturo penetró el día en que los Dórrit, recientemente enriquecidos, abandonaban para siempre la prisión, y donde halló á la pobre Amy desmayada en el suelo. La habitación no estaba del todo lo mismo que antes, pues habíanse pintado un poco las paredes, y el mobiliario era más cómodo; pero Clennam la reconocía perfectamente.

—Veo que conoce usted esta habitación—dijo Juan, mirando fijamente al preso.

—Sí, sí, la recuerdo muy bien... ¡Dios bendiga á la querida joven!

Juan se mordía las uñas con impaciencia, y cuando Arturo hubo terminado su examen, salió corriendo para ir á tomar en la cocina común agua hirviendo con qué hacer el té.

En aquel cambio de circunstancias, la habitación recordaba de tal modo á la niña Dórrit, que difícilmente hubiera podido Arturo dominar su emoción, ni aun delante de otra persona, y mucho menos estando solo. Puso la mano sobre la pared insensible con tanta ternura como si hubiese tocado á la misma joven, y pronunció su nombre en voz baja; después asomóse á la ventana, y fija la vista en el parapeto de la cárcel y su lúgubre corona de hierro, envió á través de la bruma una bendición hacia el país lejano donde la niña Dórrit vivía rica y feliz.

Juan volvió pronto, trayendo en una cestita manteca fresca, un poco de jamón y berros.

Colocados estos comestibles simétricamente en la mesa, Juan y el preso se sentaron para tomar el te; pero Clennam no pudo probar un solo bocado; el jamón le producía náuseas, y parecíale que el pan se transformaba en arena en su boca.

Como si la falta de apetito hubiera sido una enfermedad contagiosa, Juan no tardó en dejar de comer también, y después de mirar á Clennam fijamente, cual si quisiera sorprender sus pensamientos, díjole con singular entonación:

—Me parece que si no quiere usted cuidar de sí por su propio interés, debería usted de hacerlo por el de otra persona.

—A decir verdad—replicó Arturo sonriendo,—no veo por quién había de cuidarme.

—Caballero—repuso Juan con viveza,—extraño que una persona tan franca como usted, sea capaz de contestarme con tan poca sinceridad.

Juan, que se había levantado para dar más fuerza á sus palabras, volvió á sentarse y añadió:

—Yo había vencido mi pasión, caballero, comprendiendo que era preciso vencerla, y estaba resuelto á no pensar más en ella. Esta mañana, cuando usted llegó, observé que me miraba con desdén, y á duras penas pude reprimir mis sentimientos tumultuosos. Luego pensé que había sido grosero, y sin temor de humillarme, le rogué me dispensara; y ahora, cuando más deseo probarle que existe un recuerdo casi sagrado para mí, aludiendo á él delicadamente, me mortifica usted haciéndose el desentendido.

—Pero, ¿de qué se trata?—preguntó Clennam, mudo de asombro.—¿Qué quiere usted decir?

Juan se hallaba en ese estado de excitación en que ya no es fácil contenerse, y sin contestar á la pregunta prosiguió con vehemencia:

—Jamás pensé que podía ser feliz, aunque luego no se hubieran elevado barreras infranqueables. Fácil es hollar mis sentimientos, pero esto no impide que yo los tenga, y si usted lo hace sin consideración de ninguna especie, debo decirle que esto es indigno de un caballero, y que no es menos deshonroso para él zaherirme con sus amargas palabras. El mundo podrá burlarse de un carcelero, pero éste no deja de ser un hombre como los demás.

Por ridícula que fuese la incoherencia de este discurso, Clennam comprendió por la agitación de Juan y por sus ademanes que hablaba sinceramente. Entonces coordinó sus recuerdos, y recordando ciertas insinuaciones é indirectas, parecióle descubrir al fin alguna luz.

—¿Será posible—preguntó después de una pausa,—que haga usted alguna alusión á la señorita Dórrit?

—¡Ah! ¿ahora me pregunta usted si es posible?

—En tal caso, no le comprendo. No quisiera que usted creyese que mi intención es ofenderle, pues jamás pensé en tal cosa, y sin embargo, debo repetir que no le comprendo.

—Caballero—replicó Juan,—¿tendría usted la perfidia de sostener que no conoce, desde hace mucho tiempo, la pasión que me inspira la señorita Dórrit... una pasión que merece menos el nombre ambicioso de amor que el de humilde adoración?

—Juan, yo no cometeré nunca, sabiéndolo, un acto de perfidia... ni en este ni en ningún otro caso, y no adivino por

qué me cree usted capaz de ello. ¿No le ha dicho á usted nunca su madre, la señora Chivery, que yo fuí á verla?

—No, señor—contestó Juan con sequedad;—nunca me habló de esto.

—Sin embargo, le hice una visita. ¿Y no adivina usted para qué?

—No, señor; no lo adivino.

—Pues se lo diré. Yo deseaba asegurar la felicidad de la señorita Dórrit: y si hubiera podido creer que participaba de los sentimientos de usted...

El pobre Juan se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—La señorita Dórrit—interrumpió,—no me ha correspondido nunca; lo declaro con toda franqueza, y hasta añadiré que después de reflexionar con calma no esperé ya que me correspondiese algún día. Por otra parte, su distinguida familia era muy superior á la mía.

El sentimiento delicado, y en cierto modo caballeresco, que Juan experimentaba por la niña Dórrit, excitó la admiración de Arturo.

—Habla usted como un hombre, Juan—le dijo;—así me gusta.

—Pues bien, caballero, trate usted de hacer como yo... esto es todo lo que pido—replicó Juan pasándose la mano por los ojos.

El joven carcelero había contestado con tanta viveza y acritud, que Arturo le miró otra vez con aire de sorpresa.

—¡Ah! la expresión es demasiado fuerte y la retiro—añadió Juan alargando su mano á Clennam;—pero al decirle yo que se cuide en interés de otra persona que usted sabe, ¿por qué no me habla con franqueza? Si le he proporcionado este cuarto, que en mi concepto debía agradarle más; si le he subido su equipaje; si le he tratado con toda consideración, ¿cree usted que sea por sus propios méritos? No dudo que los suyos son muy atendibles, pero los de otra persona son mayores aun; y á ellos se debe mi conducta... ¿Por qué, pues, no hablarme con la misma franqueza á su vez?

—Pues bien, Juan, es usted tan buen muchacho y tan sincero, que siento mucho no haber adivinado que sus servicios de hoy se deben atribuir á la confianza que me ha manifestado la señorita Dórrit... confieso mi falta y le ruego me dispense.

—Pero, señor Clennam, ¿por qué no es usted más franco?



Eran los esposos Plornish.....

¿Supongo que no tratará de hacerme creer que no lo sabe usted?

—¿El qué he de saber?

—¡Dios mío!—exclamó Juan,—¡aun me pregunta *qué!* ¡Y cualquiera diría que verdaderamente no sabe nada!

Clennam miraba al joven cada vez más sorprendido.

—¿Ve usted bien esa ventana—pregunó Chivery,—esta habitación, la pared de enfrente y el pequeño patio?

—Sí—contestó Arturo.

—Pues bien, esas cosas han sido mudos testigos, durante meses enteros, de lo que usted debe saber. ¡Cuántas veces he visto á la señorita Dórrit asomada, sin que ella supiese que yo no la perdía de vista!

—¿Pero de qué han sido testigos?

—Del amor de la señorita Dórrit.

—¡De su amor!... ¿A quién?

—A *usted*—contestó Juan, que después de haberse levantado volvió á sentarse, pálido y agitado.

Si Clennam hubiera recibido un golpe contundente de mano del joven carcelero, su conmoción no habría podido ser más violenta; inmóvil de sorpresa, con los ojos fijos en Juan, los labios entreabiertos, que parecían murmurar la palabra *yo*, Clennam estaba como un hombre que despierta sobresaltado y escucha una noticia sin comprenderla bien.

—¡Yo!—exclamó al fin.

—Sí, usted.

Arturo trató de sonreír al contestar:

—Usted ha soñado eso, Juan; seguramente se engaña.

—No diga usted eso, señor Clennam; en cualquier otro asunto podría engañarme, pero no en esto; no es posible que yo me equivoque en una cosa que me ha lacerado el corazón, poniéndome á un paso de la tumba. ¡No me diga usted eso, no me diga usted eso!

Y Juan sacó su pañuelo del bolsillo para secar algunas lágrimas que no pudo contener.

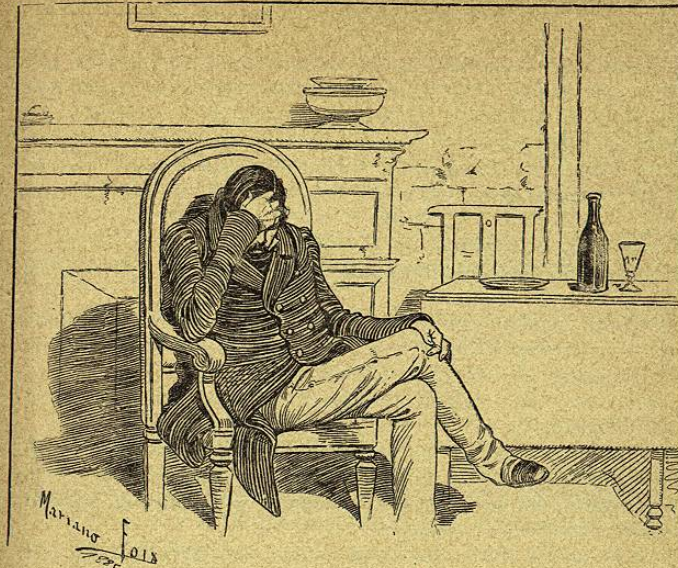
Arturo dijo al joven que admiraba su desinterés y afectuosa fidelidad; que hablarían sobre el particular más tarde, porque estaba muy fatigado y deseaba volver á su habitación. El carcelero no opuso ninguna dificultad y el preso se retiró.

Una vez en su cuarto, Arturo se dejó caer en el viejo sillón, con la cabeza entre las manos, como si estuviera aturdido. ¡El amor de la niña Dórrit! Esto le perturbaba mucho más que la pérdida que acababa de sufrir.

¿No parecía esto inverosímil? Arturo había tratado siempre de granjearse la confianza de la joven recordando la diferencia de sus respectivas edades, haciendo presente que él comenzaba á ser viejo; pero tal vez no le había parecido así á la niña Dórrit. Clennam conservaba las dos cartas de la joven en una caja que contenía otros papeles, y lo primero que hizo fué volver á leerlas detenidamente. Entonces, parecióle oír la dulce voz de la que las había escrito, con inflexiones llenas de ternura, á las cuales no era en rigor imposible dar otro sentido; y también recordó algunas frases de la niña Dórrit, cuya significación hubiera podido ser distinta de lo que él creyera en un principio. Arturo pensó luego en el estado de su propio corazón, y en su repugnancia á creer que amara á nadie, recordando que consideraba ya todas sus esperanzas juveniles como ilusiones del pasado, y que siendo ya viejo, en su opinión, debía renunciar á los amores.

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron la meditación de Arturo cuando ya comenzaba á obscurecer: eran los esposos Plornish, que iban cargados con una cesta bien provista de un surtido de todos los comestibles que sus parroquianos se apresuraban á comprar, sin darse nunca prisa para pagarlos. La señora Plornish lloró un poco al ver al preso, y su marido hizo varias observaciones para consolarle, en lo cual le ayudó eficazmente su mujer, hablando de su padre, el anciano Naudy, de la niña Dórrit y de Juan Bautista, que estaba ausente, ocupado en la misión confidencial de que le había encargado Arturo.

Plornish, que era hombre muy lacónico, puso término bien pronto á los discursos de su mujer, haciéndole observar que Clennam parecía estar muy triste y preocupado, y los dignos esposos se retiraron, deseando toda clase de consuelos al cautivo.



CAPITULO XXVIII

Visita oficial

La opinión pública no mejoraba en favor de Clennam fuera de la prisión, ni tampoco dentro, pues no se hizo amigo de los que se hallaban allí: demasiado abatido para mezclarse con los presos que se reunían en el patio á fin de olvidar juntos sus penas, permanecía encerrado en su habitación, y todos desconfiaban de él. Los unos decían que era demasiado orgulloso; los otros le tachaban de rudo y taciturno, y no pocos le despreciaban, calificándole de hombre sin valor para sostener el peso de sus deudas.

La cautividad no tardó en ejercer su influencia en Clennam, que se dejó dominar poco á poco por la indolencia; evitando en cuanto le era posible la mirada de los demás, procuraba al mismo tiempo no interrogarse á sí mismo; y siempre preocupado por su triste situación, se desmejoró rápidamente.